

## Conversación en Madrid con Luis Suárez Fernández

Ana ZABALZA

En una soleada mañana de junio madrileño, el calor y el ruido del tráfico de la calle Princesa contrastan con el sombreado y silencioso refugio del despacho de don Luis Suárez Fernández, Catedrático Emérito de Historia, miembro de la Real Academia de la Historia. Nos recibe con su habitual cordialidad, disculpándose por —según él— desorden que reina. Sin embargo, el visitante percibe más bien la sensación de entrar en un espacio intensamente vivido, donde se han gastado muchas horas de lectura e investigación<sup>1</sup>.

### *Un «hereje» de la especialización histórica*

**P.** Usted —son sus palabras— ha dicho que se considera «un hereje de la especialización histórica».

**R.** Soy *absolutamente* un hereje. Es más, me parece que la excesiva especialización está haciendo mucho daño, porque cada uno se encierra en su rectángulo y acaba sabiendo mucho del ojo derecho del insecto, pero nada del izquierdo. Y entonces falseamos la historia, porque la historia es total. Yo por eso no he tenido inconveniente en escribir libros sobre la historia de Roma, de Oriente, en dedicarme a la Edad Media... Mi tesis doctoral fue

---

1. Nacido en Gijón en 1924, Luis Suárez fue adjunto en la Universidad de Valladolid en 1947; Catedrático de Historia Antigua y Media en 1955 en la misma Universidad, y Rector entre 1965 y 1973. Director General de Universidades de 1973 a 1974, dirigió la Escuela de Historia y Arqueología del CSIC en Roma entre 1974 y 1976. Desde 1975 fue Catedrático de la Universidad Autónoma de Madrid, de la que en la actualidad es Emérito. Además, es miembro de número de la Real Academia de la Historia, de mérito de la de Portugal, correspondiente de la de Buenas Letras de Barcelona y de diversas academias iberoamericanas. Sus publicaciones —más de cincuenta libros y unos cien artículos— cubren un abanico espacio-temporal amplísimo: desde la historia de Roma clásica hasta Franco y su época, pasando por la Castilla de los Trastámara y de los Reyes Católicos. Casado desde 1956 con Josefina María Bilbao, licenciada en Historia, son padres de tres hijos, el menor de los cuales trata de abrirse camino en la Historia del Derecho.

sobre las relaciones de España con Francia en la época del Cardenal Richelieu. De modo que yo empecé estudiando el siglo XVII.

Después me pasé al XIV, porque encontré mucha documentación medieval en el Archivo de Simancas, cosa que entonces se desconocía, incluso por parte de los mismos archiveros. Me interesé particularmente por las relaciones de Castilla con Portugal después de Aljubarrota (1385), en que el ejército castellano resultó diezmado.

Fue consultando esa documentación medieval de Simancas cuando me di cuenta de que tenemos la Historia mal dividida. Hay una época, a la cual no se le ha prestado verdadera atención —mi tesis estaba en el final de la misma—, que es la que va de 1328, en que Ockham se enfrenta con el Papa Juan XXII, rompe con él, se adscribe a una especie de «fideísmo filosófico» y propone un programa de secularización de la vida política; hasta que tales ideas, más o menos desarrolladas, se imponen en la Paz de Westfalia de 1648. Estos tres siglos forman una unidad.

Desde luego, no pretendo haber descubierto estos defectos de la periodización histórica. Son, en efecto, bastantes los historiadores que se han dado cuenta de que entre el final de la Edad Media y lo que podríamos llamar el triunfo de la modernidad hay un período de tiempo que cubre exactamente trescientos años. Ésa fue precisamente la época que me atrajo, como he tratado de explicar en el librito sobre *Humanismo y Reforma Católica*<sup>2</sup>.

Mi planteamiento coincide con algo que los investigadores actuales, en la conmemoración de Felipe II<sup>3</sup>, han comenzado a decir: que no hubo una modernidad, sino dos modernidades. Por una parte, la que representaba España y recogía toda la tradición del tomismo, sobre todo el tomismo salmantino, que resultó vencida y, por consiguiente, arrumbada, considerada antigua y digna de muerte. Por otra, la opción de modernidad que empieza con Ockham, sigue a través de Lutero y llega hasta Westfalia. Ésa es la época que a mí me ha atraído más. Si tuviera que definir mi trabajo, diría que estudio el período comprendido entre 1328 y 1648. No estoy de acuerdo, por tanto, con los límites cronológicos generalmente admitidos, entre el Bajo Medievo y la nueva época. Por ello, aunque no he investigado directamente sobre, por poner un ejemplo, Felipe II, me interesa profundamente todo lo que se está publicando sobre Felipe II.

**P.** Quizá su postura se encuentra en la línea de la historiografía anglosajona, que sí distingue una primera Edad Moderna, bien distinta del siglo XVIII; o de la alemana, que amplía los límites de los tiempos medios hasta Westfalia...

**R.** Desde luego, con ellos estoy mucho más de acuerdo que con lo que hacemos aquí. Lo que no tiene sentido es pensar que el final de la Edad Media es la caída de Constantinopla en 1453. Esto ya no fue un acontecimiento. Constantinopla ya había caído en 1204, y, aunque se había instaurado un supuesto Imperio bizantino, no tenía significación: era un estado agónico, condenado a desaparecer antes o después.

---

2. *Humanismo y Reforma Católica*, Madrid, Palabra, 1987.

3. Se refiere a las abundantes publicaciones aparecidas con motivo del centenario del fallecimiento de Felipe II (†1598) (N. de la R.)

**P.** Y para España, la llegada de los Reyes Católicos (desde 1479), ¿supone el inicio de una nueva era?

**R.** Para mí, lo que suponen los Reyes Católicos es la madurez de los ideales que habían comenzado a definirse con la revolución de los Trastámara, especialmente con Juan I de Castilla (1379-1390). Desde mi punto de vista, es un momento intermedio, en el que se toma una decisión sumamente importante: la defensa de un tipo de modernidad que va a ser vencida en 1648. Por eso es tan decisivo: es el momento de la reforma de las Universidades, de la unidad religiosa, de la aceptación del principio *cuius religio eius regio*, es decir, que cada reino siga la religión de su príncipe. Según éste, el Estado naciente tiene que acomodarse a los principios de la religión, al revés de lo que está defendiendo la otra línea, que se llama a sí misma *teología moderna*, y es que el país tiene que someterse a la religión del Estado.

La posición de los Trastámara, que triunfó con los Reyes Católicos, y los ideales del ockhamismo, por así decir, constituyen como los extremos de una misma línea<sup>4</sup>. La línea es la misma: la identificación entre el Estado y la comunidad religiosa. La diferencia estriba en que, para una modernidad, es el Estado o el príncipe el que toma la iniciativa; para la otra, la iniciativa parte del Reino. He aquí, a mi entender, la diferencia, que, obviamente, no es una banalidad. Por este motivo me interesó tanto la época de los Reyes Católicos: porque en ella culmina un proceso histórico iniciado en la segunda mitad del siglo XIV, con la revolución Trastámara. En tal proceso, el perfil de la modernidad se identifica con la misión que la monarquía católica española se va a proponer defender. Ellos la llamaron la «monarquía católica española», antes que Tommaso Campanella (†1639) lo hiciese.

#### *Trayectoria intelectual: de los archivos medievales a los archivos de Franco*

**P.** ¿Cuál ha sido su trayectoria intelectual hasta llegar a estas posiciones historiográficas? Porque imagino que no le habrá resultado fácil, habida cuenta de las divisiones al uso en el estudio de la Historia...

**R.** Yo creo que uno mismo no es muy consciente sus propios procesos interiores y de por qué las cosas han sucedido de determinada manera. Hay mucho de azar en todo itinerario intelectual, más de lo que parece. Al acabar mi tesis doctoral, como ya he dicho, me interesaba mucho más la Baja Edad Media que ninguna otra época, porque sin ella no se podía entender lo que había estado tratando de ver a través de las relaciones de la monarquía española con el Cardenal Richelieu, primer ministro de Luis XIII (1624-1642). Empecé, pues, a buscar en Simancas.

Los responsables de Simancas —entonces era Director don Ricardo Magdaleno, una persona entrañable, de la que todos los que le conocimos sólo tenemos elogios— me dijeron: «Aquí no hay documentación medieval». Bueno, me dije, vamos a ver. Y empecé a hurgar. ¡Y claro que había documentación medieval, y mucha!

Lo primero que encontré fueron textos sobre las relaciones entre Castilla y Portugal. Por ahí empecé. Mi primer punto de arranque fue Aljubarrota, como ya señalé antes. Esto

---

4. Los Trastámara y los Reyes Católicos, Madrid, Gredos, 1985.

me dio la oportunidad de entrar en relación, por ejemplo, con un libro de Florentino Pérez Embid<sup>5</sup>, que nosotros llamábamos «el libro de las tijeras»<sup>6</sup>, porque en portada aparecía el globo terráqueo partido en dos por unas tijeras, representando el tratado de Tordesillas, firmado entre España y Portugal en 1494. Empecé, pues, a trabajar sobre las relaciones entre Castilla y Portugal. Las llevé hasta la época de los Reyes Católicos. Fue entonces cuando empecé a colaborar con un gran maestro, don Antonio de la Torre, quien preparaba la documentación referente al reinado de Isabel y Fernando. Ayudándole a él —y ayudándome yo también— hice la recopilación de toda la documentación acerca de Portugal, hasta el final del reinado de los Reyes Católicos. De ahí surgieron dos libros: *Relaciones entre Portugal y Castilla en la época del Infante don Enrique*<sup>7</sup>, que fue un encargo de don José Ibáñez Martín, Embajador entonces en Lisboa, para el centenario del infante don Enrique el Navegante (1960); y los tres tomos de *Documentos referentes a las relaciones con Portugal durante el reinado de los Reyes Católicos*<sup>8</sup> (en realidad empezábamos en la época de Juan II [1406-1454] y terminábamos con la muerte de Fernando el Católico [†1516]). Ahí salieron muchas cosas.

A partir de ahí, seguí estudiando el reinado de Juan I (1379-1390), de Enrique III (1390-1406), de Juan II, y, ya después, de los Reyes Católicos. Por aquel entonces, me encargaron que escribiera para la *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal toda la época de los Trastámara y de los Reyes Católicos<sup>9</sup>. Esto me obligó a hacer una gran labor de síntesis, que no debió de resultar del todo mal, porque la editorial no ha considerado oportuno modificar ese texto todavía, a pesar de que han transcurrido ya más de treinta años desde su publicación.

**P.** Por estas fechas comenzaron sus inquietudes por lo que podríamos llamar una «Filosofía de la Historia»...

**R.** En efecto. En aquel momento, como catedrático, yo estaba encargado de una asignatura que se llamaba «Interpretaciones de la Historia». De ahí salió el libro de ese mis-

---

5. Florentino Pérez Embid (1918-1974) fue Catedrático de Historia de los Descubrimientos Geográficos y Geografía de América en la Universidad Complutense de Madrid. A su fallecimiento era Rector de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, de Santander.

6. F. PÉREZ EMBID, *Los descubrimientos en el Atlántico y la rivalidad castellano-portuguesa hasta el tratado de Tordesillas*, Sevilla, CSIC, 1948.

7. *Relaciones entre Portugal y Castilla en la época el Infante don Enrique, 1393-1460*, Madrid, CSIC, 1960.

8. *Documentos referentes a las relaciones con Portugal durante el reinado de los Reyes Católicos*, Valladolid, CSIC, 1958-1963.

9. La colaboración de Luis Suárez a la *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal corresponde a varios volúmenes: con Ángel CANELLAS LÓPEZ y Jaime VICENS VIVES, *Los Trastámara de Castilla y Aragón en el siglo XV*, v. XV, Madrid, Espasa-Calpe, 1964; con Juan REGLÁ CAMPISTOL, *España cristiana. Crisis de la Reconquista*, v. XIV, Madrid, Espasa-Calpe, 1966; y junto con Juan de Mata CARRIAZO ARROQUIA, *La España de los Reyes Católicos (1474-1516)*, v. XVII, 1 y 2, Madrid, Espasa-Calpe, 1969.

mo título, que no son más que unos apuntes de clase. Y, curiosamente, es el libro que más ejemplares ha vendido<sup>10</sup>.

**P.** ¿Cuándo realiza su salto a los archivos extranjeros?

**R.** Precisamente en esos momentos. Advertí la necesidad de consultar los archivos extranjeros, para completar mi conocimiento de la documentación medieval que había manejado, sobre todo en Simancas. Yo era becario del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y recibí una ayuda para ir a París y a Roma. Nacieron así *Navegación y comercio en el Golfo de Vizcaya*<sup>11</sup> e *Intervención de Castilla en la Guerra de los Cien Años*<sup>12</sup>. Decidí entonces afrontar la historia de Castilla en la época del Cisma, cuyo resultado fue *Castilla, el cisma y la crisis conciliar (1378-1440)*<sup>13</sup>. El Consejo me concedió por este trabajo el Premio Antonio de Nebrija. Me llevé una gran sorpresa, porque no esperaba premio ninguno.

**P.** Son conocidos también sus estudios sobre Isabel la Católica. ¿Cómo empezó a interesarse tan directamente por la «vida privada» de la Reina?

**R.** Esta línea de investigación surgió cuando el Obispo de Valladolid, don Carlos García Goldáraz, decidió poner en marcha el proceso de beatificación de Isabel la Católica. Reunió a un equipo de investigadores: Antonio Rumeu, Miguel Angel Ladero, yo mismo... Y nos repartimos para su estudio los problemas más conflictivos. A mí me correspondió la cuestión judía. Por este motivo, hice la recopilación de documentos sobre la expulsión de los judíos<sup>14</sup>. Así entré en relación con el Gobierno de Israel, y con las conversaciones entre cristianos y judíos. De hecho, he tenido bastante relación con Israel: he visitado ocho veces Tierra Santa, y puedo decir que la conozco bien.

De ahí se derivaron otros libros, como *La expulsión de los judíos de España*<sup>15</sup> o *Judíos españoles en la Edad Media*<sup>16</sup>. Ya va usted viendo como una serie de azares le van conduciendo a uno...

**P.** En fechas más cercanas, usted se ha interesado por la historia reciente española, especialmente por la época del franquismo. ¿Cómo un salto tan grande entre la «primera modernidad» y los tiempos presentes?

**R.** En determinado momento, me llamaron de la Fundación Francisco Franco para pedirme que hiciera una especie de ordenación de todos los papeles dejados por Franco. Yo puse una condición: no quería ver originales; únicamente fotocopias, de manera que, en el

---

10. *Grandes interpretaciones de la Historia* conoció una primera edición en 1968, y otra posterior, ya con su título definitivo, en EUNSA, en 1976. A partir de ésta, se han sucedido las reediciones.

11. *Navegación y comercio en el Golfo de Vizcaya; un estudio sobre la política marinera de la casa de Trastámara*, Madrid, CSIC, 1959.

12. *Intervención de Castilla en la Guerra de los Cien Años*, Valladolid, 1950.

13. *Castilla, el cisma y la crisis conciliar (1378-1440)*, Madrid, CSIC, 1960.

14. *Documentos acerca de la expulsión de los judíos*, Valladolid, CSIC, 1964.

15. *La expulsión de los judíos de España*, Madrid, Mapfre, 1991.

16. *Judíos españoles en la Edad Media*, Madrid, Rialp, 1980.

Ana Zabalza

caso de que algún papel faltase, no se me pudiera acusar. Y, en efecto, no he manejado más que fotocopias de toda esa documentación. Realicé gestiones con algunos historiadores, de confianza de la familia de Franco y de la Fundación, para que hiciesen un estudio sobre los fondos del archivo que yo manejaba, pero no fue posible un acuerdo. En consecuencia, me decidí a hacer el libro, *Franco: la Historia y sus documentos*<sup>17</sup>, en veinte volúmenes, que no tiene más que un objeto: dar a conocer documentación.

Reconozco que lo que yo haya podido decir en esos volúmenes tiene poco valor; pero la documentación sí lo tiene, y mucho. Hay ahí centenares de documentos que he procurado copiar para que la gente los conozca. En definitiva, fue una aventura que no salió bien, porque es demasiado pronto todavía para que se calmen los ánimos y la gente acepte que se pueda escribir con desapasionamiento sobre tiempos tan recientes y, para muchos, tan conflictivos. Fue, en efecto, una época en la que hubo aciertos y errores; éxitos y fracasos, y el historiador debería tener la frialdad suficiente para explicar unas cosas y otras, como buen profesional, evitando manipular los datos.

**P.** Muchos libros, don Luis, de investigación en archivo. ¿No cree que ha llegado ya el momento de las grandes síntesis?

**R.** Justamente es lo que ahora pretendo. Estoy dedicado más bien al ensayo.

Hace una pausa, y con una sonrisa añade:

Es el signo de la vejez. Cuando uno alcanza una edad tan provechosa como la mía, lo que al final le gusta es hacer ensayo. Quizá porque, a estas alturas, doy muchas conferencias, y la conferencia es, en definitiva, un tipo de ensayo.

*Valladolid: cátedra, rectorado y cine*

**P.** En cuanto a sus orígenes, ¿dónde nació usted?

**R.** Yo soy asturiano. Estudié en Oviedo los dos primeros años de licenciatura. Luego, al no haber allí sección de Historia, tuve que optar por Madrid o por Valladolid. Me decidí por Valladolid. Y allí me quedé. Y allí fui de todo: alumno, ayudante, adjunto, catedrático, vicedecano, decano y rector. De todo. Y hasta director de una cátedra de cine. Eso fue muy curioso. Precisamente lo recordaba el otro día con José María García Escudero, que entonces era Director General de Cine.

¿Y cómo llegué yo a esa cátedra de cine? Una cosa es la afición al cine, la diversión que me producía el participar en aquella Semana de Cine Religioso y de Valores Humanos que había en Valladolid; y otra cosa fue la decisión que se tomó en un momento determinado de crear una Cátedra Experimental en Valladolid. El Ministerio impuso como condición que de esa Cátedra Experimental se encargase alguien que ya fuera catedrático de Universidad; alguien conocido, en una palabra. Como yo era el que estaba entonces brujuleando por

---

17. *Franco: la historia y sus documentos*, Madrid, Urbión, 1986.

las Semanas de Cine Religioso, decidieron que dirigiera la cátedra. Y la dirigí. Por cierto, no me pagaron ni un duro; no se cobraban estas cosas: era mero honor.

Me divertí muchísimo y aprendí muchas cosas de cine; tuve la oportunidad de conocer a personas como Fellini, a su mujer, que era profesora de Filosofía; a Rosellini... El problema de aquella Cátedra era que, entonces, las disponibilidades materiales eran muy escasas: todavía no teníamos el video, y organizar un ciclo era una cosa difícilísima; había que acudir a filmotecas. Recuerdo haber recurrido a la de Roma, a la de Baviera... En aquellas condiciones, tampoco era sencillo invitar a directores o actores: aprovechábamos cualquier circunstancia. Hicimos cosas que por aquel entonces llamaron bastante la atención. Recuerdo un ciclo sobre Antonioni que causó un gran escándalo, porque Antonioni atraía mucho a la gente. En cambio, en otro ciclo sobre Erich Von Stroheim participamos contadas personas, aunque aquello tenía mucho más interés que lo de Antonioni, pero no tanta popularidad.

**P.** Siguiendo con su formación, ¿quiénes fueron sus maestros?

**R.** Sin duda, mucha gente ha influido sobre mí, porque yo he tenido la oportunidad de conocer a don Ramón Menéndez Pidal, por ejemplo; a don Ramón Carande, con quien coincidí en Simancas. Pero, para mí, las tres personas que más influyeron fueron Juan Uría Riu, en Oviedo, quien verdaderamente me convenció de cómo debía enfocar la historia; Joaquín Pérez Villanueva, director de mi tesis, en Valladolid; y Antonio de la Torre, en Madrid. Yo creo que estos han sido mis tres grandes maestros.

Además, tuve una relación de amistad muy profunda con Jaime Vicens Vives. Yo le conocí en los Congresos de Historia de la Corona de Aragón. Después, él y Ferrán Soldevila me presentaron para ser correspondiente de la Academia de Buenas Letras de Barcelona, que fue mi primer título de honor. Así fue como empezó nuestra relación. Jaime Vicens tenía sus dificultades con mucha gente, por eso estaba deseoso de contar con amigos. Tengo todos sus libros dedicados. Murió el día en que cumplía cincuenta años, en 1960. Fue un tremendo drama; se despidió de todos sus amigos, sabiendo que se iba a morir. Discutíamos muchas cosas... Ha sido, sin duda, uno de los grandes historiadores de nuestro tiempo. Su *Aproximación a la Historia de España*<sup>18</sup> es todo un descubrimiento, no hay la menor duda. Yo sentía por él una admiración enorme. Coincidíamos en la época que investigábamos; luego, él se pasó a la historia contemporánea. Pero, en aquel momento, él estaba trabajando sobre Juan II de Aragón y sobre Fernando el Católico, pues también era discípulo de Antonio de la Torre. Una gran personalidad la de Jaime Vicens Vives. Además, escribía prodigiosamente.

**P.** Volviendo a su época de Valladolid, ¿se decidió usted allí por la época moderna?

**R.** En un primer momento, sí, por la influencia de Pérez Villanueva, que era el Catedrático de Moderna. Pero, al acabar la tesis, pensé que me interesaba mucho más la Edad Media. Curiosamente, en aquel momento la cátedra estaba vacante, porque su titular, Aurelio Viñas Navarro, en realidad vivía en París, donde era profesor de Historia de España en

---

18. La primera edición vio la luz en Barcelona, en 1952.

la Sorbona. Le sustituía en aquel momento don Pedro Aguado Bleye, que acababa de regresar del exilio. Don Pedro era catedrático de Instituto. Entonces, Ibáñez Martín, que tenía un gran aprecio por Aguado Bleye, le envió a Valladolid para que pudiera ser catedrático de Instituto y encargado de la cátedra de la Universidad. Y ésta fue otra de las relaciones que yo tuve muy curiosas. Aprendí muchas cosas de don Pedro. Don Pedro no llegó a la máquina de escribir, siquiera: escribía a mano, con pluma. Yo estuve con él en el momento en que murió, en 1953. Fue otra de las personas a las que yo tuve un gran aprecio. Era la minuciosidad personificada, y eso nos viene muy bien a los historiadores. En esto coincidía con don Antonio de la Torre, quien, siempre que lanzábamos alguna idea, decía: ¿en qué documento dice eso? Porque, si no lo dice un documento, es una cosa que os estáis inventando. Pues don Pedro Aguado era un poco así también: minucioso en cuanto al análisis de las figuras, de las personas, de los acontecimientos. Pienso que, en parte, esto le permitió escribir libros tan importantes: el *Manual de Historia de España*<sup>19</sup> y la *Historia Universal*, por los cuales se guió mucha gente; y, todavía hoy, aunque no lo confiesan, se siguen explotando.

**P.** Entonces, al acabar su tesis, se queda en la Universidad de Valladolid.

**R.** Me quedo en la Universidad de Valladolid, porque se presentó la posibilidad de ser ayudante encargado de curso. Luego dotaron las primeras adjuntías. Yo hice oposición a la adjuntía de una cátedra que entonces se llamaba «Prehistoria e Historia Universal Antigua y Media e Historia de la Cultura de las Edades Antigua y Media». Esto me sirvió mucho, porque me dio ese sentido «herético» de la Historia: tenía que explicar Roma, tenía que explicar los asirios... y eso viene muy bien. Ésta es la cátedra que después gané, también en Valladolid. La cátedra estaba vacante porque el titular había muerto durante la guerra, y se dejó sin cubrir mucho tiempo. Estuvo convocada más de siete años, a la espera de que determinadas personas terminaran la tesis y estuvieran preparadas para ello. A pesar de todo, yo gané la cátedra. Es verdad que se movilizó la Universidad de Valladolid en aquel momento, y guardo de esto buenos recuerdos.

**P.** ¿En qué año?

**R.** En el año 55. Fui una de esas cosas raras en aquella época, que ahora son normales, y no buenas, que es que uno sea catedrático sin moverse de la propia universidad. Cómodo para el interesado, pero en el fondo no bueno, porque impide esa universalización de la cultura.

Por último, cuando dejé de ser Rector me nombraron Director General de Universidades. Esto se debió, en parte, a que yo pensé que era muy incómodo para la gente de Valladolid que yo siguiera allí. Un ex-Rector es una persona comprometida: comprometida en muchas obras, en muchas cosas, con amigos y con enemigos. En aquel momento se estaba montando la Universidad Autónoma de Madrid; las cátedras salían a concurso. Yo concursé y me vine a Madrid.

**P.** ¿En qué año?

---

19. P. AGUADO BLEYE, *Manual de Historia de España*, Bilbao, 1929.

**R.** Esto fue a principios de 1975. Y ahí he estado hasta que me jubilaron a los 65 años y pasé a ser Emérito.

*La divulgación como servicio*

**P.** Una vertiente que usted ha desarrollado abundantemente es la divulgación. Una labor, sin duda, interesante, pero quizá no tenida en la debida consideración por muchos historiadores.

**R.** Yo creo que la gran misión de un historiador es divulgar el conocimiento. Es más, pienso que lo verdaderamente importante de nuestro trabajo es la divulgación. Pero es difícil. Hacen falta dos condiciones: una, afrontar el enorme trabajo que lleva consigo la divulgación, porque para escribir un librito hace falta leer muchos libros. Por consiguiente, hace falta un trabajo previo que, a veces, ni siquiera se ve. No tiene la ventaja del análisis, en el que uno va ensamblando documentos, y con dos o tres monografías, que son las únicas que se han dedicado a ese tema, ya monta el estudio, hace la historia analítica. La historia sintética es mucho más difícil. Y la segunda condición que hace falta es una editorial dispuesta a publicar. La mayor parte de las veces, el historiador carece de estas condiciones. Yo acabo de terminar ahora, con don Domingo Ramos Lissón, Javier Paredes y Ángel Barrios, una *Historia de los Papas*, que va a publicar Ariel\*. Pero la idea salió de la editorial. Pensaron: sería conveniente, no hay en el mercado un manual suficientemente extenso que nos traiga la biografía de todos los Papas. ¿Por qué no nos hacen una? De acuerdo, lo hacemos; es una gran idea. Yo he escrito desde los orígenes hasta la muerte de Eugenio IV; Ramos Lissón ha hecho los Concilios; Barrios, la época moderna, y Paredes, la contemporánea. El libro está a punto de salir; ya hemos corregido pruebas. Pero lo que quiero decir es cómo nace esto. Las lecturas que hay que hacer para escribir la historia de los Papas de la Edad Media son infinitas: todo lo que uno pueda encontrar, que es muchísimo. Y siempre tiene la preocupación de que no se ha visto lo suficiente, de que faltan estas cosas y estas otras... Pero creo que sí, que esto es de una gran utilidad: esto es prestar un servicio. Que la gente pueda decir un día: me ha salido Clemente IV, ¿quién será? Y encontrar ahí la respuesta.

**P.** Yo tengo la impresión de que los historiadores, en general, valoran poco el trabajo divulgativo. Quizá porque requiere un gran esfuerzo sin la seguridad del éxito... Pero, por otra parte, el mercado está esperando...

**R.** Y, además, lo están llenando otros que no son historiadores de profesión, y que, por consiguiente, están haciendo cosas que no... que no están bien. Hay biografías por ahí de personajes muy conocidos que realmente dan pena. Y se están vendiendo muy bien. Ahora bien, yo no sé por qué, cuando la editorial tiene que acudir a un autor, no acude al historiador de profesión. Pero, normalmente, así proceden: acuden a un periodista, a un ensayista, a un literato, porque considera que la forma es más importante que el fondo. Y que un ensayista o un periodista dominan la forma de escribir, mientras que el historiador no.

---

\* Se refiere al libro, aparecido cinco meses después de la entrevista, concretamente en el mes de noviembre, titulado: *Diccionario de los Papas y Concilios*, Ariel, Barcelona 1988, 732 pp. (N. de la R.).

Ana Zabalza

Yo creo que las editoriales al historiador le tienen miedo. Piensan que no es capaz de comunicarse con el público, escribiendo como se debe escribir sobre estos temas: con gran soltura, con cierta ligereza, por qué no...

**P.** Otra labor ingente suya, de la que muchos nos hemos beneficiado, es la de los manuales. Supongo que es otra tarea ingrata.

**R.** Como en el caso de la divulgación, se trata de convertir la Historia en un instrumento. Para mí, un manual es un libro-máquina, que se da a los demás como diciendo: lo que yo sé es esto; a ver si le sirve de algo. Personalmente, me siento muy orgulloso de la *Historia Universal* publicada por Eunsa<sup>20</sup>. ¿Se da cuenta de que es la primera vez que una universidad española hace una Historia Universal de esas dimensiones? Es decir, no un manual, sino una historia universal.

**P.** Sin embargo, pienso que es poco conocida.

**R.** Es poco conocida porque el «ninguneo» entra en juego. Porque luego entra la segunda parte de la cuestión: la propaganda. En este sentido, una de las cosas más importantes que hemos hecho, con la Confederación de Cajas de Ahorros, fue la *Historia Analítica de las Humanidades*<sup>21</sup>. Ahí trabajamos doce personas. Es un libro absolutamente desconocido, en torno al cual se ha procurado hacer el más absoluto silencio. Ni una crítica, ni en favor ni en contra: nada, absolutamente nada. Ese libro no existe, no conviene que exista. ¿Por qué? Porque, indudablemente, es un libro hecho desde el punto de vista cristiano. Los autores que trabajaron ahí lo hicieron con la conciencia de que estaban comprometidos con una manera de pensar, con un determinado enfoque. Y ahí entra el prestar servicio: por lo menos, que esté ahí, que el libro esté ahí, y alguien lo podrá utilizar, y a alguien le prestará un servicio.

### *La causa de beatificación de Isabel la Católica*

**P.** Un tema que ha citado antes, es el de la causa de beatificación de Isabel la Católica. ¿Podría decirme algo sobre ella? ¿Fue el Obispo de Valladolid quien la promovió?

**R.** En Valladolid tuvo que promoverla el Arzobispo de entonces, don Carlos García Goldáraz, porque hubo una presión muy fuerte desde América. Los países iberoamericanos estaban muy interesados en ello, pues, a fin de cuentas, Isabel es la *fundadora* de América. Las noticias que tengo son que, al cabo de los años, todo el trabajo que se había exigido, se ha cumplido. Los testigos hemos dado nuestro testimonio correspondiente. Como anécdota, recuerdo como una de las cosas más divertidas de mi vida aquella toma de posesión que me obligaron a hacer bajo grandes juramentos; además, con amenaza de excomuniación si revelaba a alguien lo que había dicho... Pero, terminada la causa, aprobado el proceso con una votación a favor muy considerable, sin embargo, hay un movimiento en contra de la beatificación de Isabel la Católica tan fuerte, que, con toda probabilidad, a la Iglesia en estos mo-

---

20. *Historia Universal*, Pamplona, EUNSA, 1985.

21. L. SUÁREZ FERNÁNDEZ y otros, *Historia Analítica de las Humanidades*, 2 vols., Barcelona, Ediciones Internacionales Universitarias, 1995.

mentos no le convendría dar un paso así. La Iglesia tiene que ser prudente, medir qué bienes y qué males se derivarían de una decisión, y en estos momentos lo que se ha pensado es que es un tema que conviene dormir.

¿Qué inconvenientes hay para la beatificación? El Arzobispo de París, que es judío, ve el problema de la expulsión de los judíos. Y no se da cuenta de que, en el fondo, Isabel la Católica obedeció lo que desde Roma le mandaban. En realidad, no hubo tal decreto de expulsión, sino de prohibición del judaísmo. Los judíos tenían la doble opción: podían convertirse; por consiguiente no estaban obligados a salir. No eran expulsados por ser judíos: lo que se les prohibía era seguir practicando en España su religión. Si querían continuar en ella tenían que marcharse; si no querían abandonarla, se bautizaban y se quedaban. El jefe de los judíos, el Rabino Mayor, Abraham Seneor, se bautizó; los Reyes fueron sus padrinos, le hicieron noble, le dieron el apellido de Núñez Coronel, y su bisnieta es Sor María Jesús de Ágreda. Cuando Alejandro VI recibe la noticia del decreto organiza grandes fiestas en Roma, entre otras cosas, una corrida de toros en señal de alegría. Y la Universidad de París se reúne en claustro para felicitar a los Reyes Católicos. Porque el judaísmo estaba prohibido en toda Europa, salvo en España. Por consiguiente, el decreto responde a lo que era el espíritu de la época. Sin embargo, ahora da la impresión de que España fue el único país que expulsó a los judíos, y que todos los demás eran muy bondadosos y tolerantes. Pero es una opinión falsa, completamente falsa.

#### *La incorporación de Navarra a la Corona castellana*

**P.** Otro tema que usted ha trabajado es el de la incorporación de Navarra a la Corona castellana, en su libro *Fernando el Católico y Navarra: el proceso de incorporación del reino a la Corona de España*<sup>22</sup>. En él ha dado su visión del problema, que sigue envuelto en la polémica.

**R.** Yo sigo estando seguro de que mi visión es correcta y, además, coincide con la que tuvo en su tiempo José María Lacarra: no hay autoridad superior. Lo que ocurre es que, en nuestros días, ciertas personas tienen interés en presentar la Historia no como fue, sino como a uno le gustaría que fuera, o como conviene desde el propio punto de vista. Navarra se incorporó a la Corona española en virtud de un pacto. Es el único caso claro que conocemos. El pacto se conserva además en Simancas; es decir, es un documento fehaciente. En nombre del Rey actúa el Duque de Alba, y no hay una ocupación militar: hay una incorporación. Mi duda fue por qué esa incorporación no se hizo a la Corona de Aragón, y sí, expresamente, a la Corona de Castilla, cuando realmente el modelo que permitía ese pacto era el modelo de la Corona de Aragón, y no el castellano. Yo no encuentro más que una posible explicación: es precisamente para imponer también en Castilla el modelo pactista, que era lo que quería Fernando el Católico. En aquel momento, 1512, ya había muerto Isabel. Es un modo de imponer el pactismo, típico de la Corona de Aragón, también en la de Castilla;

---

22. *Fernando el Católico y Navarra: el proceso de incorporación del reino a la Corona de España*, Madrid, Rialp, 1985.

como si quisiera transmitir ese mensaje a sus sucesores: no lo cambiéis. Porque, en estos momentos, Fernando está ya ante la perspectiva inmediata de que Carlos va a ser su sucesor. Y no sabe...

**P.** Porque hay unos años de vacilación, entre 1512 y 1515...

**R.** Hay un momento de vacilación.

**P.** Quizá esperase tener algún hijo de Germana de Foix...

**R.** No, en este momento ya no. Ya era el momento de la muerte del hijo de Germana. En ese momento, la única esperanza que le queda es que Carlos aceptara la idea que estaba lanzando de que el sucesor en España fuera Fernando, el hermano. A Fernando le ponen ese nombre a ciencia y a conciencia, para que fuese Fernando VI. Pero las negociaciones fracasan; no se atreve a ir demasiado lejos. La nobleza castellana tampoco le apoya en esto: ve preferible mantener la línea de la legitimidad por la vía de mayoría y no entrar en algo tan discutible como que el primogénito no herede y sea el segundogénito, para evitar la unión con Flandes. Fernando acaba renunciando. Pero en ese momento, la única perspectiva que él tiene de evitar que Carlos venga a reinar en España es ésa, y la esperanza la ha ido perdiendo ya. Para mí, ésta es la explicación. Pero qué duda cabe de que la lucha entre agramonteses y beamonteses —desencadenada en 1451— fue una lucha en la que entra también el recuerdo de lo desdichada que había sido la presencia francesa en Navarra. La guerra de la Navarrería está todavía presente en la mentalidad de la gente. Y es verdad que Francia no ofrecía las garantías que podía ofrecer Fernando el Católico. En el fondo, se trata de dos modelos políticos, y a Navarra el modelo que le convenía era el modelo español. Aparte de la españolidad de Navarra: el Fuero empieza hablando de Pelayo y Covadonga; no habla de Carlomagno. Todo entraba en una línea, todo lo que es el pensamiento beamontés, un pensamiento con Castilla antes que con nadie, desvinculado de Francia. Francia es el gran peligro, el gran enemigo; nos reduciría simplemente a ser un feudo dentro de la Corona francesa.

### *La universidad española, hoy*

**P.** ¿Cómo ve la Universidad española en el momento presente?

**R.** Pienso que es un momento malo, de destrucción de la Universidad. Aparente creación, pero desintegración. La Universidad se ha localizado: no hay posibilidad de tener escuelas. Yo creo que una de las mejores cosas que he hecho ha sido formar discípulos. Hoy, ésta es una tarea imposible, porque ¿a qué los condena uno? A ser nada, sin posibilidad de promoción, porque el localismo se impone de tal manera que lo único que cabe es preparar un único sucesor. Pero fuera de eso, es causar un perjuicio. No hay posibilidad de una batalla donde se puedan ganar puestos. ¿Qué hubiera hecho yo con toda la gente que fui preparando, que se dispersaron por distintas universidades? Las grandes escuelas han desaparecido, y en su lugar ha entrado una batalla, normalmente mezclada con política, donde cuentan mucho los intereses locales. Y, claro, eso asfixia; eso va a provocar la esclerosis de la universidad.

Una de las cosas que nosotros vemos —los viejos— es que los temas que los jóvenes trabajan son cada vez más locales; cada vez más radicalmente especializados. Y al final uno dice: bueno, ¿y qué? A mí esto, ¿qué me importa?

**P.** Es que, si no trabaja esos temas, uno no puede publicar.

**R.** Exacto; si no, uno no puede publicar. La historia de Vitigudino se publica mañana mismo, porque el Ayuntamiento de Vitigudino está muy interesado en el asunto. Pero faltan los grandes temas; falta aquello que constituye un servicio a la sociedad, que es lo que debieran estar haciendo las Facultades de Historia: no encerrarse en sí mismas, meterse en una especie de calabozo para no ver más que una lucecita que entra por la claraboya. Hay ciertos trabajos que no debieran publicarse. Este es el gran problema que estamos olvidando. Por ejemplo, en 1998 celebramos un centenario del Císter: lo que ocurrió en el año 1098 fue un cambio total de mentalidad. De 1098 hasta 1328 hay otra etapa en la historia. Pues bien, ha pasado sin pena ni gloria. Se han reunido los abades y priores cistercienses a conmemorarlo... Pero nada más. Y estos son los grandes temas, los temas que debieran preocupar.

### *Los colegas y la Academia*

**P.** ¿Con qué colegas se relaciona usted ahora mismo?

**R.** Es muy difícil citar alguno. Yo me llevo bien con todos; en esto no suelo tener problemas. Pertenezco a un mundo espléndido: el de la Academia de la Historia. Mi vida gira en torno a ella. Allí nos reunimos todas las semanas, y hay una relación de amistad y de afecto impagable. Yo, hasta que no me eligieron, no me daba cuenta de lo gratificante que es pertenecer a ella. Aparte de lo que pueda tener de honor, es entrar en una comunidad en donde todos estos defectos de los que estábamos hablando desaparecen; en donde uno oye cada semana a un colega hablar de un tema que aparentemente le queda muy lejos y descubre que le interesa mucho. Eso es impagable. Para mí, esta es la dimensión fundamental en este momento. Por cierto, la Real Academia va a hacer divulgación; va a empezar a editar una serie llamada «Claves históricas». Cada uno de nosotros ha escogido los temas de su especialidad, y va a difundirlos al gran público. Naturalmente, yo he elegido los Reyes Católicos.

**P.** Vamos a ver si las editoriales pierden el miedo a los historiadores.

**R.** Hace un año, la Academia publicó un libro sobre *El ser de España*, y se han vendido muchos más ejemplares de los que esperábamos: está ya en la tercera edición. Las editoriales se han interesado por él. Para escribirlo se siguió un procedimiento muy sencillo: a cada miembro de la Academia se le pidió que escribiera sobre qué creía que era España, desde su especialidad. Y así surgió la obra colectiva.

**P.** ¿Y revistas? ¿Cómo ve las revistas españolas de historia?

**R.** No hay revistas: hay misceláneas. A mí, las misceláneas me parecen sumamente útiles, pero tienen una limitación siempre: no son otra cosa que recopilación de pequeños trabajos, de corta extensión, de especialistas. Esto tiene, como digo, una gran utilidad. Pero

Ana Zabalza

la revista que debiera ser la comunicación de las corrientes del pensamiento histórico, no se hace. Eso es lo que nos falta. Y es curioso que haya revistas de divulgación y que se venden. Pero no hay la posibilidad física, no hay el dinero suficiente. Una revista cuesta dinero; no se autofinancia: éste es el gran defecto. En cambio, una miscelánea sí. Pero sería necesario que en España hubiera algo parecido a la «Revue Historique», en donde se recogen las publicaciones que se van haciendo. Ahora hay un grupo de jóvenes investigadores, agrupados en torno al estudio del carlismo y a la historia contemporánea de España, que editan «Actas», con apoyo económico privado. Se han lanzado a hacer una revista en la que no aparezca otra cosa sino reseñas de libros, para conocer la bibliografía. Esto puede ser un ensayo importante. Pero adolecemos de esta falta de revistas. Hay, además, boletines, que publican algunas instituciones —la Academia publica el suyo—, pero esto entra dentro de lo que yo llamaría colección de misceláneas.

**P.** Por último, ¿piensa seguir trabajando sobre Franco?

**R.** Tengo mucha más documentación de la que he publicado. Hace un año y medio he hecho una reedición de la parte de la Segunda Guerra Mundial, para añadir ahí la documentación alemana. A algunas personas esto ya no les ha gustado: publicar una documentación en la que Muñoz Grandes no aparece como un héroe, sino como otra cosa distinta, a algunos les ha sentado mal, pero el historiador tiene que publicar todo lo que sabe, no otra cosa. A mí me gustaría ir sacando cosas de este tipo, para dar más documentación. Tengo más documentación, y eso hay que sacarlo.

**P.** ¿Conserva usted las fotocopias que manejó?

**R.** No, yo las fotocopias no las he conservado porque no me han dejado, pero he podido conservar muchas copias que hice yo, directamente, a máquina, y un fichero muy completo.

**P.** Muchas gracias, don Luis.

Ana Zabalza Seguin  
Departamento de Historia  
Edificio de Bibliotecas  
Universidad de Navarra  
E-31080 PAMPLONA (España)  
azabalza@unav.es